

— No — replicó Serafín, retrocediendo hasta refugiarse en los brazos de Cecilia. — No..., yo tengo miedo.

Entonces Montero bajó al despacho.

El Sr. Buenaventura había cambiado la inmovilidad en que lo hemos visto por el movimiento. Iba y venía de un ángulo á otro del aposento con la inquietud del ratón cogido en la ratonera.

En una de estas vueltas se encontró frente á frente del coronel, que acercándosele con suma cortesía, le puso cordialmente la mano en el hombro diciéndole:

— Amigo mío...

Los ojos del amanuense se clavaron con espanto en Montero, y dió un paso atrás, llevándose las manos á la cara. Después acudió á la mesa, y se puso apresuradamente las gafas.

— Ya — añadió Montero, — es inútil esa precaución. He dicho amigo mío y vuelvo á repetirlo, porque esta es la verdad, nos conocemos hace mucho tiempo.

El gesto con que el Sr. Buenaventura recibió esas palabras era indudablemente el de un hombre que no comprende lo que le dicen.

Montero añadió:

— Perdóneme usted la torpeza de no haberle reconocido hasta ahora. ¡Ya se ve!, ha tenido usted tanto cuidado en ocultarme el semblante, y esas malditas gafas lo desfigurán á usted de tal modo, que si no lo encuentro sin ellas no lo habría conocido. Esto ha sido una sorpresa..., ¡qué diablo! Pero al fin nos encontramos, nos reconocemos, y no quiero dilatar por más tiempo el placer de estrecharlo contra mi corazón.

Diciendo así, abrió los brazos para recibir en ellos al Sr. Buenaventura; pero éste retrocedió, quiso pronunciar algunas palabras que no acertaron á salir de sus labios, y miró á un lado y á otro con la atribulada inquietud de

aquel á quien le urge buscar inmediatamente una salida.

— Este desaire — dijo el coronel — me parte el alma; y aun advierto que intenta usted huir de las demostraciones de mi cariño, y es inútil, porque yo soy un amigo implacable.

— Caballero — balbuceó el Sr. Buenaventura con voz trémula, — no sé..., no entiendo... Padece usted un error..., un error... lamentable.

Montero pareció dudar, y examinándolo más detenidamente, arrancó de sus ojos las gafas que acababa de ponerse, y le dijo:

— Mirémonos cara á cara.

Después de un momento de atento examen dijo:

— Algunos estragos han hecho los años en ese semblante astuto, algo han perdido esos ojos de víbora; pero yo soy un fisonomista incorregible, y sé que tengo delante al cabo Martín, al que me delató en la conspiración de 1854, por cuyo mérito obtuvo los galones de sargento, que lo elevaron después á la graduación de alférez, por haberse vendido á la revolución luego que vió al Gobierno perdido. Sí, señor; tengo delante al espía unas veces de unos y otras veces de otros; al insigne comisario de policía de 1866 que olfateó mi guarida, de cuyas uñas me escapé por milagro, dejándolo con un palmo de narices. ¡Cómo había yo de imaginarme que un hombre de tantos servicios se viera reducido á la triste condición de escribiente, sin ser mariscal de campo por lo menos, ó siquiera ministro! ¡Oh, Sr. D. Martín Buenaventura y Moncada, qué injustos son los hombres!

El amanuense bajó los ojos, clavando la mirada al suelo como si con todo el fervor de su alma dijera en aquel instante: «Ábrete tierra, y trágame.»

Montero siguió diciendo:

— Hasta el día de hoy nuestras cuentas están saldadas,

no le guardo rencor ninguno; amnistía completa para el cabo Martín y para el comisario Moncada.

Alzó nuestro hombre los párpados para escudriñar en el semblante del coronel si había verdadera sinceridad en sus palabras.

— Amnistía completa — repitió Montero. — Todo lo olvidado. Seamos amigos.

Dijo esto tendiéndole la mano.

— ¡Amigos!.. — exclamó el Sr. Buenaventura. — ¡Amigos!..

— Más aún — añadió el coronel; — porque vamos á ser aliados. Es usted para mí un hallazgo..., un rayo de luz, un hombre caído del cielo. Ea..., venga esa mano.

Era indudable que hablaba con sinceridad, y el amanuense se atrevió á poner su mano sobre la de Montero, y éste la estrechó con tanto afecto, que el pobre hombre se retorció bajo la presión dolorosa de aquel tornillo de carne y hueso.

— ¡Mi coronel! — gritó con angustia.

— Perdona usted — dijo Montero. — Se me ha ido la mano. Por ese apretón puede usted medir todo el placer que experimento al encontrarlo. ¡Ah! Va usted á ser mi hombre.

— ¡Yo! — exclamó humildemente el Sr. Buenaventura. — ¡Yo!.., pobre y viejo..., ya no sirvo para nada.

— Modestia... — añadió Montero. — Pura modestia; no es esa ciertamente la virtud más común en los grandes hombres. Pero vamos á nuestro asunto. Tengo entre ceja y ceja al bribón de Valle alegre, y quiero jugarle una que no la olvide en toda su vida.

— Una buena, ¿eh? — preguntó el escribiente.

— Tremenda — contestó Montero.

Los ojos del Sr. Buenaventura brillaron de alegría.

— Vamos, cabo Martín, veo que le profesa usted al banquero un cariño tan profundo como el mío.

— ¡Infame! — masculló por toda respuesta.

— ¡Bravo! Eso quiere decir que usted tiene también con ese tunante alguna cuentecilla pendiente.

— ¡Friolera! — exclamó el Sr. Buenaventura, respirando fuerte.

— Pues mal se va á ver con nosotros — añadió Montero.

— Coliguémonos, y lo desollamos vivo.

— ¿Cómo? — preguntó el Sr. Buenaventura.

— Vamos por partes — contestó el coronel. — A usted le ha robado seis millones.

— ¡A mí!.. — exclamó.

— Ni más ni menos. Es un asesino..., pero en buenas manos está el pandero: usted no suelta las cartas.

El Sr. Buenaventura abrió desmesuradamente los ojos, y se quedó contemplando al coronel con mirada atónita.

— Las cartas — repitió Montero. — Las cartas originales de Mauricio Ripoll, con las que vamos á darle el golpe tremendo. Ea, Sr. Buenaventura, necesito esas cartas que usted no quiere soltar.

— ¡Infeliz de mí! — exclamó el amanuense. — ¡Yo cartas! ¡Ay, mi coronel!, ¿de dónde he de tener yo esas cartas?

Diciendo esto, aplicaba las dos manos á su pecho como si quisiera contener los latidos de su corazón.

Montero se cruzó de brazos diciendo:

— Es inútil. Valle-alegre le ha escamoteado á usted seis millones, y es motivo bastante para que un hombre se dé á todos los demonios y ponga el grito en el cielo. Ha tenido usted la imprudencia de hablar en voz alta; la cosa no era para menos. Se creía usted solo, y un niño, la inocencia misma escondida entre esos dos armarios, ha oído lo que usted ha dicho en el imprudente furor de su cólera. ¡Oh, qué maldita casualidad!, ¿no es verdad? Vamos, vengan las cartas.

El Sr. Buenaventura se encogió de hombros, ni más

ni menos que si hubiese querido esconderse dentro de sí mismo. Montero le puso las dos manos sobre los hombros, y clavando en él su más terrible mirada, le dijo:

— Vamos, ¿dónde están las cartas?

La voz de Luis se interpuso exclamando:

— ¡Montero! ¡Una violencia!

El coronel se volvió á su amigo.

— Una violencia — contestó. — ¿Acaso hay otro recurso? Acaso no te parecen bastantes datos la palabras que Serafín y Cecilia han sorprendido en la boca de este hombre? Bueno; ¿pero tú sabes quién es este hombre á quien yo no he reconocido hasta ahora? Pues bien; este Sr. Buenaventura es el cabo Martín, el comisario de policía que, fingiéndose tratante en cuadros, registró tu casa buscándome el bulto. Por segunda vez te ha sorprendido, te ha engañado como á un chiquillo. Este bribón, de acuerdo con Vallealegre, se ha introducido en tu despacho, ha substraído las cartas originales, poniendo en su lugar las falsificadas. Este es el cómplice del banquero, á quien Dios, por medio de tu hijo, ha puesto entre mis manos, como antes puso por el mismo medio al brigadier insigne. ¡Dudas aún de la astuta perversidad de este hombre! ¿Le habrá sido imposible hacerse una llave con que abrir el cajón de tu escritorio? Seis millones debían ser el precio de esta traición, y los vale; mas el banquero no quiere soltarlos, y he aquí á esta astuta serpiente que ha caído en el lazo. Probablemente él mismo habrá sido el falsificador de las cartas. Y bien; ¿qué hace ahora? Delatar á Vallealegre es delatarse á sí mismo.

Y asiendo al Sr. Buenaventura de la solapa del gabán, añadió:

— Las cartas.

Luis dijo:

— Este es un asunto que pertenece á los tribunales.

— Después — replicó Montero. — Ahora es á mí á quien pertenece. Ya sé que se defenderá hasta quemar el último cartucho, negará hasta el último momento, pero está entre mis manos.

El amanuense cruzó las suyas en ademán suplicante, y con las lágrimas en los ojos y casi sollozando dijo:

— ¡Defenderme! ¿Y cómo? ¡Infeliz de mí! ¿Qué crédito han de dar ustedes á las protestas de mi inocencia? Se me acusa sin pruebas.

Sacó el pañuelo, y se enjugó los ojos añadiendo:

— ¿Qué puedo yo hacer para librarme de tan terrible sospecha?

Miró con ojos afligidos, primero á Montero y luego á Luis, y ni Luis ni Montero tuvieron nada que replicarle. Entonces dijo:

— Vivo en un humilde cuarto en la calle de la Palma Alta, en una miserable buhardilla número 57. Registren ustedes mi pobre casa. Bajo estas dos llaves están encerrados todos mis secretos, todos mis papeles. No puedo hacer más.

Arrojó sobre la mesa las dos llaves que, sujetas á una cinta negra, había sacado del bolsillo, y dejándose caer en una silla, ocultó el semblante en el pañuelo y rompió á llorar como un niño.

A Montero no se le ocultó que las lágrimas del Sr. Buenaventura empezaban á enternecer el corazón de Luis, y cogiendo las llaves que el atribulado amanuense había puesto sobre la mesa, dijo:

— Muy bien; esto es ponerse en razón; pero debemos advertir que cuando usted nos facilita estas llaves, y nos autoriza para que registremos su casa, es claro que allí no están los documentos que buscamos. No es creíble que usted haya confiado á nadie esas cartas que son un tesoro, y si usted me da su permiso, antes de registrar su casa quisiera registrar su persona.

El Sr. Buenaventura se puso de pie y mostró los dos grandes bolsillos de su gabán completamente vacíos.

— Perfectamente — añadió Montero; — mas los gabanes suelen tener un bolsillo interior. Veamos ese bolsillo.

Exhaló el amanuense un gran suspiro, desabrochó las solapas del gabán é introdujo la mano en el bolsillo, y sacándola después, se acercó á Montero diciéndole:

— Registre usted; usted mismo.

Montero no encontró nada, y volviéndose á Luis le dijo:

— Leo en tu cara que te encuentras inclinado y dispuesto á proclamar su inocencia, pero yo no tengo la manga tan ancha como ese gaban que tenemos delante. Vamos, Sr. Buenaventura, ¿qué ha ocultado usted en la manga del gabán? Algo ha pasado del bolsillo á la manga.

— Nada — contestó el Sr. Buenaventura alzando los brazos, — nada.

— En ese caso — replicó Montero, — no tendrá usted inconveniente en que yo lo vea por mis propios ojos.

Y diciendo y haciendo, asió el brazo del amanuense, palpándole desde el hombro á la muñeca. Entre ésta y el codo encontró un objeto, un cuerpo extraño, que hizo salir por la boca de la manga. Era una cartera raída, la misma cartera que vimos sacar al hombre de las gafas verdes en el palacio de Valle-alegre.

Montero la registró minuciosamente, y sacando de ella un sobre en blanco se lo entregó á Luis, diciéndole:

— Ve lo que hay en ese sobre.

La actitud humilde del Sr. Buenaventura cambió de repente: irguió la cabeza, y cruzando los brazos sobre el pecho como hombre resuelto á todo, dijo con voz firme y entera:

— Sí; ahí están las cartas originales de Mauricio Ripoll. Esta es la obra de Valle-alegre, y yo he sido su cómplice.

CAPÍTULO XXXVIII

LA MILLONARIA

El mundo es partidario de todos los éxitos. Cualquiera que sea la ignominia que se levante ó la iniquidad que triunfe, encuentran siempre un séquito victorioso. No hay volubilidad semejante á la del mundo. Verdadero cimbro, quema hoy lo que ayer adoraba, y adora mañana las cenizas de lo que antes hubo quemado. El mundo positivo todo lo sacrifica á la conveniencia del momento, el mundo frívolo se deja arrastrar fácilmente por los triunfos del día, por fugitivos y menguados que sean. Si alguna vez triunfan la verdad y la justicia, justo es decirlo, también se asocia el mundo á estas raras victorias.

Por esta movilidad con que va y viene, sube y baja, entra y sale, volvió á invadir los salones de Margarita con la misma frescura con que poco antes había huído de ellos. Ya se ve, las cosas presentaban un aspecto enteramente distinto. Las cartas originales de Mauricio Ripoll, reconocidas como auténticas, estaban en poder de los tribunales; el Sr. Buenaventura, cogido de la manera que hemos visto, no intentó defenderse, y poseído del demonio de la venganza, saboreó el placer de los dioses, confesando de plano el complot urdido por Valle-alegre, en el cual, según él mismo decía, no había sido más que un miserable instrumento sobornado por el banquero. Éste tuvo tiempo para huir, y desapareció antes de que la justicia humana pudie-